

Byung-Chul Han

# Muerte y alteridad

Traducción de  
ALBERTO CIRIA

Herder

*Título original:* Tod und Alterität  
*Traducción:* Alberto Ciria  
*Diseño de la cubierta:* Gabriel Nunes

© 2012, *Wilhelm Fink, Paderborn*  
© 2018, *Herder Editorial, S.L., Barcelona*

1.ª edición, 4.ª impresión, 2020

ISBN: 978-84-254-4101-1

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com)).

*Imprenta:* Sagrafic  
*Depósito legal:* B-22.289-2018

*Printed in Spain – Impreso en España*

**Herder**

[www.herdereditorial.com](http://www.herdereditorial.com)

# Índice

INTRODUCCIÓN .....	9
I. INTRIGAS DE LA SUPERVIVENCIA .....	25
Estética de la supervivencia .....	27
Ética de la supervivencia .....	49
II. MI MUERTE .....	73
Coexistir .....	75
El final de la muerte .....	105
III. MUERTE E INFINITUD .....	119
Soledad .....	120
Eros .....	138
Violencia .....	159
La muerte del otro .....	171
Cautiverio y serenidad .....	199
IV. MUERTE Y TRANSFORMACIÓN .....	217
Entrañas del ser .....	222
Pasión por la transformación .....	231
Desnudez del alma .....	247
Dialéctica de la herida .....	257
BIBLIOGRAFÍA .....	271



## Introducción

El sueño de mi muerte en esta noche: hasta entonces yo era el héroe del libro; tras mi muerte ya solo soy su lector.

PETER HANDKE, *El peso del mundo*

En el drama de Ionesco *El rey se muere*, el rey moribundo llama quejumbrosamente a los muertos:

Vosotros, los innumerables que moristeis antes que yo, ¡ayudadme! Decidme cómo lograsteis morir. Cómo lograsteis consentir en morir. [...] Ayudadme a cruzar el umbral que habéis cruzado vosotros. [...] ¡Ayudadme! Vosotros, que tuvisteis miedo y no quisisteis. ¿Cómo fue? ¿Qué os dio fuerzas? [...] Y vosotros, que sois fuertes y valerosos, que indiferentes y alegres consentís en morir, enseñadme la indiferencia, la alegría y la serenidad.

En lugar de ceder, en lugar de desistir, el rey moribundo se aferra compulsivamente a sí mismo. Ante la inminencia de la muerte se produce una hipertrofia patológica del yo. La estrategia de la supervivencia consiste en que todo cuanto existe debe hacerse yo:

Ay, deberán recordarme. [...] Todos tendrán que aprenderse mi vida de memoria. Todos tendrán que imitarla. [...] Que caigan en el olvido los demás reyes, soldados, poetas, tenores y filósofos. En la conciencia solo quedo yo. ¡Un único nombre y un único apellido para todos! [...] ¡Que todas las ventanas iluminadas adopten el color y la forma de mis ojos! ¡Que los ríos tracen mi perfil en la llanura!

El rey reacciona con alucinaciones narcisistas a la muerte inminente. Le parece que la muerte es lo completamente distinto del yo, y para defenderse de ella agranda el yo hasta lo monstruoso. El yo lo cubre todo: «Me veo. Detrás de todo estoy yo. Por todas partes solo yo. Yo soy la tierra, yo soy el cielo, yo soy el viento, yo soy el fuego». La angustia ante la muerte, experimentada como el final del yo, se torna en una ciega cólera contra todo lo que no es el yo. Así, el rey ordena a su ama de llaves: «Date prisa y mata las dos arañas que hay en mi dormitorio. No quiero que me sobrevivan. ¡No, no las mates! Quizá tengan algo de mí». Hay que destruir todo cuanto no sea el yo para que nada ni nadie lo sobreviva. Pero el rey indulta a las dos arañas porque, después de haber pasado tanto tiempo en su dormitorio, se les podría haber pegado algo de él. Por culpa de su yo patológicamente hipertrofiado el rey no es capaz de percibir al otro en cuanto que otro. El otro es o bien la imagen reflejada del yo o bien el no-yo, que hay que negar. La revuelta contra la muerte, la hipertrofia del yo y la ciega negación de lo distinto se condicionan y se refuerzan mutuamente.

En lugar de desasirse, el rey moribundo se aferra a todo: «Cuando mueren los reyes se aferran a las paredes, a los árboles, a las fuentes, a la luna, se aferran...». El rey moribundo trata de retener el mundo entero en sus manos:

¡La mano!... *El rey está indeciso*. Simplemente no oye. No cierras la mano en un puño, estira los dedos. ¿Qué tienes en la mano? *Ella abre su puño*. Él tiene su reino entero en la mano. [...] Te lo ordeno, abre la mano, suelta las llanuras, suelta las montañas. Como si todo fuera polvo.

El compulsivo aferramiento al mundo remite a las abrazaderas del yo. Aflojar estas abrazaderas del yo equivaldría a una forma de morir totalmente distinta de la forma en que mueren los «reyes».

La muerte que se avecina condena al rey a una impotencia total. Su entorno se autonomiza. Todo se sustrae a su poder. Nada ni nadie quiere obedecer sus mandatos. Lanza órdenes desesperadas:

Ordeno que en el suelo crezcan árboles. *Pausa*. Ordeno que el techo desaparezca. *Pausa*. ¿Qué? ¿Nada? Ordeno que llueva. *Pausa*. *Sigue sin suceder nada*. Ordeno que relampaguee y que yo sostenga el rayo en mis manos. *Pausa*. Ordeno que vuelvan a brotar hojas.

La muerte sería la imposibilidad de poder, pero el rey trata no obstante de ejercer potestad sobre ella. Decidirse a desistir revelaría mayor poder que padecer pasivamente la muerte: «No quiero morir. [...] Los reyes deberían ser inmortales. [...] Me han prometido que solo moriré cuando yo lo decida». La muerte se anuncia como lo distinto del poder. La resistencia a morir y las ansias de más poder se reflejan mutuamente. El incremento de poder se experimenta como una disminución de la muerte.

La reina María, el único personaje amoroso del drama, le suplica al rey moribundo que ame, que ame con locura. Su credo es que el amor es tan fuerte como la muerte:

Si amas con locura, si amas irrestrictamente, la muerte desaparece. Si me amas, si me amas a mí, si lo amas todo, la angustia desaparece. El amor te sostiene. Te entregas y la angustia te abandona. El mundo está a salvo, todo se hace nuevo, el vacío se torna en plenitud.

El amor pasa a ser una estrategia para sobrevivir. Cuando uno se pasa al otro, cuando uno es el otro, cuando uno ama olvidándose de *sí, mi* muerte ya no existe. Quien ama no muere. El miedo desaparece. María suplica al rey: «Pásate a los otros, sé los otros». Al parecer el rey no es capaz de amar olvidándose de *sí* y del miedo: «Tengo miedo, me estoy muriendo».

La muerte se irradia sobre el existir para el otro. Un cierto existir para morir corre parejo con un cierto existir para el otro. Por eso resistirse a morir conduce a una hipertrofia del yo, cuyo peso aplasta todo lo que no es el yo. Pero ante la inminencia de la muerte también puede despertarse un amor heroico, en el que el yo deja paso al otro. Tal amor también promete una supervivencia. De este modo, en torno a la muerte surgen complejas líneas de tensión que se entrecruzan entre el yo y el otro.

También la dialéctica hegeliana del amo y el esclavo se puede interpretar atendiendo a la dimensión de alteridad inherente a la muerte. Según Hegel, al hombre le es inmanente el anhelo de afirmarse como totalidad exclusiva en la conciencia del otro y de ser reconocido como tal totalidad por el otro. Este anhelo no es la necesidad de anexionarse lo que no es el yo, sino que más bien busca reconocimiento y prestigio. Yo quiero que el otro me reconozca en mi derecho exclusivo de satisfacción. Este anhelo es constitutivo de la autoconciencia enfática. Pero como el otro tiene también el mismo anhelo, se produce forzosamente una «lucha entre dos totalidades». En este nivel de conciencia, en cierta manera, todo hombre sería

un «rey», pero un rey que no teme a la muerte, pues el objetivo de esta lucha no es la autoconservación. No se trata de mantenerse con vida. Más bien, uno anhela el reconocimiento del otro. Uno quiere contemplarse como totalidad exclusiva en la conciencia del otro. Uno se expone voluntariamente al riesgo de morir. Se «arriesga» la vida. Si uno no se arriesga a morir se quedará atrapado en una existencia meramente animal, que carece de autoconciencia enfática.

La muerte que se padece en la lucha por el reconocimiento no es una necesidad biológica. Se sitúa en un nivel interpersonal. El otro queda circunscrito en ella. En cierto modo, esta muerte surge del *ámbito intermedio*, que al mismo tiempo es un margen de reconocimiento. Uno no puede decidirse por la muerte natural. Tal muerte es necesaria, no permite ninguna libertad. Por el contrario, uno es libre para arriesgarse a morir.

Lo que decide cómo se resuelve la lucha no es la superioridad física ni la destreza de uno de los contendientes. Lo decisivo es más bien la resolución a la muerte o la «capacidad para morir».<sup>1</sup> Quien carezca de esta resolución heroica, por miedo a perder la vida no llegará hasta lo más extremo. En vez de «estar consigo mismo a muerte», se «queda por sí mismo dentro de la muerte».<sup>2</sup> No se arriesga a morir. No arriesga la vida. Prefiere la esclavitud a la posibilidad de morir. Se somete al otro como su amo.

El amo se eleva sobre el ser natural. Él *es* el «poder sobre este ser». El siervo, por el contrario, depende de este ser. Así es como «el señor tiene en este silogismo a este otro [es decir, al siervo] bajo sí».<sup>3</sup> La libertad como poder sobre el ser natural

1 Cfr. G.W.F. Hegel, *Schriften zur Politik und Rechtsphilosophie, Sämtliche Werke*, VII, Hamburgo, 1913, p. 370.

2 Íd., *Jenenser Realphilosophie I*, Leipzig, 1932, p. 229 [trad. cast.: *Filosofía real*, Madrid, FCE, 2006].

3 Íd., *Fenomenología del espíritu*, Madrid, Abada, p. 265.

es constitutiva de la formación de la autoconciencia. El siervo alcanza la autoconciencia por otra vía, aunque también en ella el poder desempeña una función constitutiva. El trabajo al que el siervo es obligado por el amo consiste en dominar la naturaleza. El siervo toma conciencia de sí al verse a sí mismo en el trabajo hecho, en la naturaleza manipulada y dominada. El trabajo mediante el cual se hace dueño de la naturaleza lo capacita para «la intuición del ser autónomo *en cuanto que intuición de sí mismo*». <sup>4</sup> En el dominio sobre la naturaleza en cuanto que lo distinto de sí mismo, él alcanza una «autoconciencia autónoma». El siervo no *es* más que el poder sobre la naturaleza. Se libera de «su apego a la existencia natural», en la que rehúye la muerte. «*Trabaja*» para «salirse» de la existencia natural. <sup>5</sup> En ambos casos es el poder lo que engendra el yo enfático. Y es el poder lo único que domina la percepción del otro hombre y de la naturaleza.

Para Hegel, la muerte humana no es una muerte natural. Más bien es una muerte antinatural. El hombre tiene que *ser capaz* de la muerte, es decir, tiene que *poder* morir. Si el hombre no se arriesga a morir, la propia muerte se atrofia convirtiéndose en un mero finar o fenecer que no sería un *morir* en sentido pleno. Quien no «arriesga» la vida sigue llevando una existencia meramente animal y atrapada en la naturaleza. Hegel habla de la necesidad de un cierto «suicidio». <sup>6</sup> Hay que exponerse voluntariamente al peligro de morir. Así pues, en Hegel podría hablarse también de una libertad para morir. Merced al riesgo de muerte uno se eleva por encima del *estado de caída* (en la naturaleza). <sup>7</sup> La libertad como libertad para

4 Ibid., p. 269.

5 Ibid.

6 G.W.F. Hegel, *Jenenser Realphilosophie II*, Leipzig, 1932, p. 211.

7 Cfr. A. Kojève, *Introducción a la lectura de Hegel*, Madrid, Trotta, 2013, pp. 586 ss.

morir sería esta superioridad sobre la «existencia natural». Ella promete la libertad de la autoconciencia autónoma. En la lucha hegeliana uno no fina, sino que *se muere*. Morir es aquí un fenómeno interpersonal que resulta inasequible a quien meramente fina.

También Heidegger enlaza la muerte con la formación de un yo enfático. Para Heidegger, poder morir es «poder ser sí mismo». La «autonomía» de la existencia, en el sentido de «tener consistencia por sí mismo», presupone «adelantarse hacia la muerte».<sup>8</sup> La muerte como «posibilidad extrema» de «desistir de sí mismo»<sup>9</sup> se torna en un enfático «yo soy»:

Con la muerte, que se da siempre solo con *mi* morir, tengo delante de mí *mi ser más propio*, mi poder-ser de cualquier momento. El ser que yo seré en «lo último» de mi *Dasein* y que en cualquier momento puedo ser, esa posibilidad es mi «yo soy» más propio, es decir, yo seré mi yo más propio.<sup>10</sup>

En vista de la muerte uno se cerciora de sí mismo, del «yo soy». La muerte humana, es decir, la muerte que es exclusiva del hombre y que lo distingue, es para Heidegger «*mi morir exclusivamente mío*». La muerte, que en realidad sería el final definitivo del yo, acarrea un énfasis del yo. La heroica «libertad para morir», que «se cree capaz de soportar la angustia» o que «está dispuesta a pasar miedo», se manifiesta como «libertad de escogerse y emprenderse a sí mismo».<sup>11</sup> Por así decirlo, el yo crece a base de angustia. La existencia «que está dispuesta

8 M. Heidegger, *Sein und Zeit*, Tubinga, 1979, p. 322 [trad. cast.: *Ser y tiempo*, Madrid, Trotta, 2016].

9 *Ibid.*, p. 264.

10 M. Heidegger, *Prolegómenos para una historia del concepto de tiempo*, Madrid, Alianza, 2006, p. 391.

11 *Íd.*, *Sein und Zeit*, *op. cit.*, p. 188.

a pasar miedo» hace temblar la «autonomía» o el «tener consistencia por sí mismo». Poder morir en cuanto que poder ser sí mismo significa que la existencia «se escoge su héroe». <sup>12</sup>

El «uno impersonal» y «olvidado de sí mismo» del que habla Heidegger, que rehúye la muerte por temor a ella, existe sin «libertad» ni «autonomía». No llega a ser ese yo enfático que la existencia solo alcanza en la «apasionada» «libertad para morir». De este modo, el «uno impersonal» se queda en una especie de siervo, pero en un siervo que no «trabaja», sino que solo «se encarga de algo», es decir, que se limita a reproducir lo ya existente sin llegar a apropiárselo originalmente. De tal modo, el «uno impersonal» se asemeja sin duda a aquel siervo «inauténtico» del que habla Hegel, que aunque ha «soportado una cierta angustia», sin embargo no conoce el «temor absoluto». <sup>13</sup> Al siervo «inauténtico» la muerte le sigue resultando algo extrínseco. No lo ha conmocionado la negatividad de la muerte. Su trabajo «inauténtico» solo proporciona una «destreza». <sup>14</sup> Él no elabora la *autoconciencia* autónoma trabajando, es decir, no *se pone* en la naturaleza tomándola a ella como lo distinto de sí mismo, no se apodera de lo distinto. El siervo «auténtico», por el contrario, se contempla *a sí mismo* en lo otro al imponerse a ello en virtud de una apropiación.

La lucha proporciona al siervo hegeliano una experiencia especial de la muerte que le queda vedada al amo, a quien la muerte no ha conmocionado en lo más íntimo. La muerte se le muestra al siervo como un «amo absoluto». En vista de la muerte ha «temblado». «*Todo lo firme*» ha «temblado» en él. Ha experimentado la «licuación absoluta de toda consistencia». <sup>15</sup> La muerte es lo *distinto de la identidad* o la nega-

12 Ibid., p. 385

13 G.W.F. Hegel, *Fenomenología del espíritu*, op. cit., p. 271.

14 Ibid.

15 Ibid., p. 267 (traducción modificada).